

Huyendo esta vision que me atormenta
Mil apartados climas recorrí,
Y ya tranquilo mi agitado pecho
La antigua llama renacer sentí.

Ciego de amor y de esperanza, al punto
De mi patria á la playa me volví,
Salté al esquife, y circular mi frente,
Al ominoso pájaro yo ví.

Llega la noche, y si mis tristes ojos
Plácido sueño llegan á gozar,
Tres veces silba el mónstruo que me asedia,
Y la bóveda cruza sin cesar.

OJOS HERMOSOS, LLORAD POR MÍ

En vano al viento doy mi querella
Sin esperanza muero de amor,
¡Ayer mi vida tan dulce y bella
Y hoy desgarrada por el dolor!
Piedad os cause mi amarga pena,
Pues sois sensibles y yo infeliz :
Turba una sombra mi luz serena.....
Ojos hermosos, llorad por mí.

Es la que adoro la suave aroma,
El ángel puro que envia Dios :
Cuando á la tierra su frente asoma,
Se agita plácido el corazón :
Negros cabellos y tez de nieve
Y labios rojos como carmin,
Y cual la palma graciosa y leve.....
Ojos hermosos, llorad por mí.

Entre pestañas negras y hermosas
Sus ojos brillan de amor volcan
Y sus palabras son armoniosas
Como las auras que besa el mar :
Pero á mis ansias es siempre muda
Ó no comprende mi frenesí :
Aquí en el pecho..... tengo una duda.....
Ojos hermosos, llorad por mí.

De amor habléla tan solo un día
Y ella me dijo con triste voz :
« Me aguarda solo la tumba fría
Y á mis umbrales vela el dolor. »

En la vecina iglesia una campana
Lúgubrememente empieza á resonar,
Crecen las sombras, y repite el eco
Un lejano gemido sepulcral.

Ya de Elvira la imágen he olvidado,
Pero constante vive mi dolor,
Y del ave nocturna á todas horas
Suena en mi oído el fúnebre clamor.

Este sér que la sangre ha producido
Que derramó mi criminal furor,
Gemirá eternamente mientras dure
De mi espíritu el pálido fulgor.

Si así lo ha escrito la dura suerte
Aborrecible me es el vivir,
Á ambos nos hiere la misma suerte.....
Ojos hermosos, llorad por mí.

Si tú me amas, benigno el cielo
Tu vida bella prolongará :
Muere la rosa de ingrato suelo
Bajo las alas del vendabal ;
Pero su furia firme resiste
Y crece altiva y triunfa al fin,
Si amiga mano contra él la asiste.....
Ojos hermosos, llorad por mí.

Mirarme suelen sus lindos ojos
Y por mis venas corre el placer ;
Mas huyen luego, y ardo en enojos
Que su luz pura torna cruel
Á mi enemigo..... que tambien la ama
¡Quizá dichoso cual yo infeliz!
Crímen de sangre mi pecho inflama. ...
Ojos hermosos, llorad por mí.

Nunca esta angustia la dirá el labio
Que tiemblo mísero de su rigor,
No la castigue eual torpe agravio
De eterna ausencia con pena atroz.
¿Qué importan dudas? si yo te miro
Mujer que ocultas al serafín
Y hasta tu aliento dulce respiro.....
¡Ojos hermosos, llorad por mí!

JUAN MARÍA GUTIERREZ

Nació en Buenos Aires en 1809.
Perseguido por Rosas, en 1843 dejó su patria y se dirigió á Europa. Despues de haber recorrido las principales ciudades del viejo mundo, el jóven proscrito se encaminó hácia Chile.

Se estableció en Valparaiso, donde fundó y dirigió la Escuela naval, á bordo de la fragata *Chile*; colaboró activamente en diversos periódicos, dió á la estampa un juicio crítico sobre el *Arauco Domado*, de Pedro del Oña, juicio que un escritor español no tuvo empacho en apropiarse.

En 1851, pasó al Perú. Caído Rosas, en 1852, regresó Gutierrez á su patria, donde fué miembro de la Asamblea constituyente y mas tarde ministro de gobierno y de relaciones exteriores; despues, rector de la Universidad.

Ha dado á luz en distintas ocasiones las obras siguientes : *América Poética, Noticias históricas sobre la Enseñanza pública, Bosquejo biográfico del general San Martín, Coleccion de Poesías Americanas, Estudios biográficos y críticos de oradores, poetas y hombres de Estado de la Republica Argentina, Origen del arte de imprimir en la América Española*, un tomo de *Poesías originales* y algunas traducciones de mérito.

Como se ve, Gutierrez es uno de esos escritores á quienes mas gloria y mas trabajo deben las letras americanas.

LA MUJER

Luchamos en la vida
Con la fortuna ciega,
Con ambiciones locas,
Con vicios y flaquezas ;
Pero entre los conflictos
De tan terrible guerra,
La mujer es el ángel
Que junto al hombre vela.

En la inocente cuna,
Al dolor ya condena
Naturaleza al hombre
Que á la existencia llega.
¿Quién secará su llanto
Con sin igual ternera?
La madre, que es el ángel
Que junto al hijo vela.

Cuando brota en el alma
Un fuego que la quema
Y el corazón suspira
Por otro que le entienda,
Entonces de mil flores
Dispone su cadena
La mujer que es el ángel
Que para amarnos vela.

¡Feliz el que en su infancia
Tuvo una madre tierna!
Mas feliz el que halla,
Andando en su carrera,
La esposa que en sus sueños
Buscó dulce, y perfecta,
Porque ese encontró un ángel
Que en torno suyo vela.

VIVO EN TI

Palabras inocentes te inquietaron,
Mujer, pecho de amor, alma de fuego.
No pierdas, no, el sosiego,
Ni dudes de la fé que te juraron
Mis labios al partir.

No me injurias, creyéndome inconstante
Como las nubes que deshace el viento ;
¡Yo olvidar un momento

La que en llanto anegada, delirante,
Me dijo : ¡vivo en tí!

¿Quién me amará como me amó María?
¿Quién me dará su puro amor de hermana!
¡Ah! tú eres mi mañana,
Mi fresca noche, mi luciente día,
Mi aliento, mi existir.

ENDECHA DEL GAUCHO

Mi caballo era mi vida,
Mi bien, mi único tesoro;
A quien me vuelva mi Moro,
Yo le daré mi querida
Que es hermosa como un oro.

A mí nada me faltaba
Cuando mi Moro vivía,
Libre era cuando quería;
Ni guapeton me insultaba,
Ni alcalde me perseguía.

En todo paso ó camino
Donde estampó las pisadas,
Allí sus glorias grabadas
Dejó, y renombre divino
Por las carreras ganadas.

Fuego en sus ojos lucía,
Y de rabia y de despecho,
La espuma arrojaba al pecho
Si tras el *pato* corría,
Y otro le ganaba un trecho.

Mi caballo era una flecha
Cuando la espuela le hincaba;
Zanjas y arroyos saltaba,
Cuando en mi mano derecha
La bola certera alzaba.

Ombú, que me das abrigo,
¿Te acuerdas cuando venía
Bajo tu sombra María
A ponerte por testigo
De las llamas en que ardía?

¿Te acuerdas como bufaba
El Moro lleno de brío,
Al sentir que el amor mio
Con sus crines jugueteaba
Como con olas del río?...

Mi caballo era mi vida,
Mi bien, mi único tesoro;
Indio, vuélveme mi Moro,
Yo te daré mi querida
Que es luciente como el oro

LUIS L. DOMINGUEZ

Nació en Buenos Aires en 1810.

Desde 1839, ha poblado de armonías las pampas y los montes, las ciudades y los campos de las naciones de Plata.

En 1856, fué redactor principal del *Orden*, de Buenos Aires.

Tanto en Montevideo como en Buenos Aires, ha desempeñado altos puestos, hasta ser Ministro de Hacienda.

Muchos elogios se han tributado á los talentos y á las obras de este ilustre literato.

Dominguez ha sido poeta, historiador, diplomático y publicista sobresaliente.

Ha escrito obras de mucho mérito, y entre ellas figura la que lleva por título *Historia Argentina*, de la cual se han hechos dos ediciones.

YO TE AMO

Como la rosa nueva
Que su perfume exhala
Cuando refleja el cielo
Su colorido al alba,
Así pura es la virgen
Que yo amo con el alma,
Y es linda cual la aurora
Teñida de oro y nácar.

Cual la paloma tierna
Que entre la selva canta,
Meciéndose graciosa
En una débil rama,
Así su voz es dulce
Cuando esta frase mágica :
Yo te amo, me repite
Extremeciendo mi alma.

Como vestal purísima,
Como vision fantástica,
Que forja entre misterios
La mente acalorada,
Así á mí me parece
Cuando la luna pálida
Sobre su talle esbelto
Su luz ténue derrama.

Como la sombra al cuerpo
Sigue siempre ligada,
A esta mujer angélica
Así está unida mi alma :
Que ella es para mi vida
Como el rocío á la planta,
Como el azul al cielo,
Como la estrella al nauta.

RECUERDOS DEL RIO NEGRO

Sobre una verde colina
A cuyo pié el Río Negro
Corre trasparente y manso,
Había, no ha mucho tiempo,
Una casita rodeada
De los cuadros mas risueños.
Los montes del Bequeló
Se divisan á lo léjos;
A la izquierda, orlando el pié
De la loma, un arroyuelo
Riega un bosque, que se cubre

De aromas de oro en invierno.
Mas léjos, entre jardines,
Se ven los techos de un pueblo.
La colina está cubierta
De margaritas y trébol,
Verde como una esmeralda,
Blanda como un terciopelo.
Allí pacen los rebaños,
Aquí saltan los corderos,
Y cruza el río, cantando,
En su barca el marinero.

Y por encima de todo
Se extiende el azul del cielo,
Que en vano intenta empañar
La columna de humo negro,
Que hecha un vecino vapor
En bocanadas al viento.

Niña de los negros ojos
Y del rizado cabello,
Dime, este rápido esbozo
¿No es para tí como un sueño,
Que confusamente viene
A despertar tus recuerdos?
¿No es esta, dime, la escena
De tus infantiles juegos?
¿No es aquí donde formaste,
Por vez primera un deseo,
Y donde alegre seguías
De una mariposa el vuelo.

UNA SOMBRA

Era su forma angélica.....
De la beldad modelo :
Era la viva imagen
De un serafín del cielo :
El polvo de este mundo
Manchaba su esplendor.

Su voz, cual dulce cántico,
El corazón hería,
Y en su mirada tímida
Algo divino había,
Que levantaba el alma
A una región de amor.

¡Suene mi canto fúnebre!
La virgen inocente
Como azucena cándida,
Dobló su casta frente ;
Al cielo alzó sus ojos,
Y vió su patria allí.

Y juntabas margaritas
Para adornar tu cabello?
Piensa un instante..... recoge
Tu rápido pensamiento :
Pon tu mano delicada
Sobre tus ojos de fuego,
Y vuélvete con la mente
A esos lugares amenos.
Recuerda, sí, porque es dulce
De vez en cuando al viajero
Hacia atrás volver la vista
Y descubrir á lo lójos
Los árboles del jardín,
El campanario del templo,
La habitación del amigo,
Y tantos otros objetos,
Que despiertan la memoria
Siempre grata de otros tiempos,
Y que conmueven y arrancan
Hondos suspiros del pecho.

Y se voló su espíritu
A la mansión serena.....
¡Ay! nuestras tristes lágrimas
No calmarán la pena,
En que su eterna ausencia
Nos ha dejado aquí.

Brilla la luna pálida,
Sobre su tumba sola :
Del Plata en la ancha margen,
Gime y espira la ola,
Y se oye de los vivos
A penas un rumor

Un sauce cubre el mármol,
Bajo el que ella descansa :
Entre sus ramas trémulas,
Una paloma mansa
Canta en la tarde, símbolo
De paz y de candor.

CLAUDIO MAMERTO CUENCA

Nació en Buenos Aires en 1812, murió en Monte-Caseros el 7 de febrero de 1852. No era, pues, un soldado de Rosas, sino un soldado de la humanidad, que murió en su puesto llenando su santo ministerio.

Era médico y cirujano distinguido; era también poeta, y poeta de la mejor escuela.

En medio de los constantes y apremiantes deberes de su profesión y de sus tareas como profesor en la Universidad, Cuenca tributaba el más ardiente culto á las musas.

En vida nada publicó, y aun las mejores de sus obras fueron arrojadas á las llamas en una ocasión crítica, en que se temía una visita domiciliar ordenada por Rosas, á quien Cuenca detestaba por ser el tirano de su patria.

En 1867, Heraclio C. Fajardo, distinguido poeta oriental, ha publicado en tres tomos la colección completa de sus poesías y obras dramáticas.

MI CARA

Esta cara impasible, yerta, umbría,
Hasta ¡ay de mí! para la que amo helada,
Sin fuego, sin pasión, sin luz, sin nada,
No creas que es ¡ay, nó! la cara mía.

Porque esta, amigo, indiferente y fría
Que traigo casi siempre, es estudiada.....
Es cara artificial, enmascarada,
Y, aquí para los dos, la ¡hipocresía!

Y teniendo que ser todo apariencia,
Disimulo, mentira, fingimiento,
Y un astuto artificio en mi existencia,

Por no poder obrar conforme siento
Y me lo mandan Dios y mi conciencia,
Tengo pues, que mentir, amigo, y miento!

SUEÑO

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
De diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que desde oriente hasta occidente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del setentrion al mediodía
Se adoraba mi voz humildemente.

De triunfantes despojos revestido
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido;

Despertóme el ruido furibundo,
Solté la risa y dije en mi sentido :
¡Así pasan las glorias de este mundo!!!

EL SUSPIRO

Sopló vano que apacigües
De los males la inclemencia,
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder;

Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio
Es tu afán engrandecer.

Tú descubres el afecto
Que el rubor no permitía,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor.
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y proteges la hermosura
Contra el tedio y desamor.

Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos
Y disipas de sus celos
El veneno matador.

UN AÑO DESPUES

I

« ¡Soy invariable!... De tu fé en rehenes
Toma mi fé.... ¡Su ausencia me consume!...
¿Cuándo á gozar de tu ventura vienes? »
— ¡Ya ni el recuerdo de tus cartas tienes,
¡Y aun tus cartas conservan su perfume!

» ¡Sacrificios!... ¿Supones que lo ignoro?...
Cuando el amor el corazón expande
Con sus mirajes y horizontes de oro,
Es el que adora como yo te adoro,
Capaz de todo lo sublime y grande!...

» Soportaré las pruebas mas acerbas
Porque conmigo tu existencia partas!...
¡Sóbrame á mi energía, si te enervas! »
— ¡Ya ni el recuerdo de mi amor conservas,
¡Y aun conservo el perfume de tus cartas!

II

¿Y es cierto que el amor, ese perfume,
Ese aroma de ambárico pebete,
Es cierto, santo Dios, que se consume
Del cuerpo y alma que una vez le asume
Antes que el vil sahumero de un billete!

¡Oh flaca humanidad!... todo lo puedes,
Y nunca, nunca de flaqueza te hartas!...

LA VIUDA

EPIGRAMA

Bañada en lágrimas vi
Quejarse á una jóven viuda,
Diciendo: muerta sañuda,
¿Por qué me dejaste á mi?

Por tí nace la esperanza
Ya no mas alimentada,
Y la llama sofocada
Recupera su fervor.

Nunca faltes á los labios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivéz :
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ay! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

Y ni ya muerta la ilusión, concedes
Que rompa el hombre sus amantes redes
Y rompa y queme sus amantes cartas!

¡Oh caracteres que trazó su pluma!
¡Y aun al leerlos en amor me inflamo!...
¡Y aun el pesar mi corazón abruma!
¡Y mientras ella acaso otros perfuma,
¡Aun sus billetes olvidados amo!

III

Tú, que fuiste ideal de mi ventura
Por el prestigio de ilusión funesta;
Tú, que acusar pudiera de perjurá,
No temas de mí, nó, venganza dura....
Olvida y goza : mi venganza es esta!

No temas de mi labio una palabra,
Una sola palabra de reproche!...
No temas, nó, ni que á tus ojos abra
El agravio recóndito que labra
Mi corazón en tenebrosa noche!...

No temas, nó, que mi pasión exhume
Para que tú de nuevo la compartas,
Ni que por eso de desden te abrumé!...
Aun tus cartas conservan su perfume,
¡Y aun conservo el perfume de tus cartas!

ESTANISLAO DEL CAMPO

Hijo del coronel de la independencia, Estanislao del Campo, nació en Buenos Aires en 1835. Sus escritos han aparecido en los diarios *Debates* y *Nacional* y en algunos periódicos literarios. Ha desempeñado varios puestos públicos, diputado al congreso, secretario del mismo, elector de presidente y ultimamente secretario del gobernador de Buenos Aires.

En 1870, se publicó un volumen de sus poesías, entre las que figura la celebre descripción del *Fausto*, hecha por un gaucho, que fué extraordinariamente aplaudida y aun estudiada por literatos como Juan Carlos Gomez y otros no ménos importantes.

La prensa americana se ha apresurado siempre á reproducir sus composiciones.

Los *Trozos selectos de Literatura*, coleccionados por Alfredo Cosson, y varios otros libros contienen poesías de Estanislao del Campo.

FLORES DEL TIEMPO

¡Riega, hermosa, tus flores! ¡Cuánta dicha
Al abrir su capullo les espera!
El rostro de tan bella jardinera

Por primer sol tendrán.

¡Riega, riega tus flores! También ellas,
Su destino feliz adivinando,
Por romper el botón están pugnando
Con amoroso afán.

No anhelan, no, las chispas del rocío
Que derrama en las flores la alborada,
Ni tampoco la brisa perfumada
Que vaga á la oración.

Ellas esperan elevar su esencia
Desde tu seno á tu torneado cuello,
Ó deshojadas caer de tu cabello
Sobre tu corazón.

Riega, riega, tus flores, virgen pura,
La de los negros, rutilantes ojos,
La de los castos, vívidos sonrojos,
La de morena tez.

¡Riega, riega, tus flores, hada hermosa,
Mi sueño trunco, mi perdido cielo!
Yo riego con el llanto de mi duelo
Mis flores á mi vez.

Ellas nacieron en el alma mía
Al calor de tu mágica mirada;
Fué su destino la borrasca airada,
El cierzo y nada más!

No en gajos verdes ni en lozano tallo
Se ostentarán sus hojas purpúrinas;
Su tronco erizarán duras espinas
Por siempre y por jamás.

ÚLTIMA LÁGRIMA

¡Ya todo se acabó!... Dejad que el pecho
Por un instante con mi mano oprima,
Dejad que el llanto de mis ojos corra,
Dejad que mi alma sollozando gima.

Es, señora, mi llanto postrimero,
Llanto del triste corazón herido,
Es mi último sollozo en este mundo,
Es en la tierra mi postrer gemido.

Llorar al pie de un túmulo, señora,
Nunca del noble corazón fué mengua;
Pues con el llanto el sentimiento dice
Lo que decir no puede con la lengua.

La antorcha que encendieron en el ara,
Á cuyo pie fijásteis vuestra suerte,
Á mis ojos, señora, solo ha sido
El amarillo cirio de la muerte.

En la blanca guirnalda, que al cabello
Prendieron vuestras manos delicadas,
Mis ojos solo han visto flores tristes
Sobre el paño de un féretro arrojadas.

Es el sí que dijeron nuestros labios
Solo oí el estertor de una agonía,
El rechinar del enmohecido gozne
De un helado sepulcro que se abría.

¡Ya todo se acabó!... Dejad que el pecho
Por un momento con mi mano oprima,
Dejad que el llanto de mis ojos corra,
Dejad que mi alma sollozando gima.

¡No lloro ya!... La piedra funeraria
Para siempre cayó pesada y fría.....
¡Las losas de las tumbas nunca lloran,
Y una tumba es, señora, el alma mía!

EL ÁLBUM

¿Qué es un álbum? — Un librote
De muy lucida apariencia;
Pero andar á raudo trote
Tras del sábio y tras del zote,
Es la ley de su existencia.

Es un ser impertinente
Que se presenta, atrevido,
Sin que nadie lo presente,
Diciendo muy sueltamente
— *Aquí estoy porque he venido.*

Es una rara entidad
Que en mi escritorio se cuele,
Y me exige, sin piedad,
Ya versos á una beldad
Con rostro de visabuella.

Ya á *fulana* que se va
Una triste despedida,
Mientras que á mí, ¡já! ¡já! ¡já!
Maldito si se me dá
Un pitó de tal partida.

Ora me viene pidiendo
Un soneto lacrimoso
Para una viuda, aunque viendo
Esté yo que se está riendo
Del cadáver de su esposo.

Ya me pide que alce un canto
En su *álbum* doña Mamerta,
Por ser día de su santo,
Y yo me digo entretanto:
¡Qué no haber nacido muerta!

Ora sus fojas doradas
Me ofrece el *álbum* de algana
De esas brujas, arrugadas,
Que se figuran ser *Hadas*
Cuando son una aceituna.

Y es precisa condicion
La de hacer que en versos lea,
Que *estrellas* sus ojos son,

Y que es *celestes vision*
Aunque del *infierno* sea.

Y con no escribir así,
Cuidadito ¡voto á brios!
Pues se pondrá como ají,
Y me dirá: — *Solo á mí*
Me hace usted versos tan frios.

Ya porque Juana *ha salido*
De *cuidado*, verso ó prosa
Pide su *álbum* maldecido
Para ese recién nacido
Que llora por *otra cosa*.

Voy á hacer una visita:
— *Servidor de ustedes*..... ¡Zás!
(El *álbum* de Mariquita)
— *Pónganle alguna cosita*.....
— ¡*Vade retro, Satán!*

Oigo clamar á Clarisa
Por médico, de repente;
Salgo en mangas de camisa
Caminando á toda prisa
Porque el caso es muy urgente.

— *Servidor de usted, señora*;
¿Vive aquí el doctor Pagliano?
— Se mudó, yo vivo ahora:
¡Tráeme el *álbum* Isidora!
— Mire usted que.....
— Está á la mano.

Contento y bien humorado
Salgo ayer á mis quehaceres,
De un fuerte peso aliviado,
Después de haber despachado
Los libros de dos mujeres.

Llego á casa fatigado
De escribir en la oficina,
Y me espeta mi criado
Tres librachos que han mandado
Juana, Rosa y Saturnina.

No conozco á la primera,
Á la segunda, de vista;
Y ¡ay! en cuanto á la tercera,
Un Byron me considera
Cuándo soy un ruin versista.

! *Miserable condicion!*
Y en tan agudo tormento
Me armo de resignacion,
Y en vez de una maldicion
Les mando versos sin cuento.

¡Un *álbum!* Sin que lo pueda
Evitar, mas me horroriza
Que el *tormento de la rueda* :

¡Prefiero estar en *Cepeda*
Rodeado por los de Urquiza!

¿Qué es un *álbum*? — Un librote
De muy lucida apariencia,
Pero andar en raudo trote
Tras del discreto y del zote
Es la ley de su existencia.

Es por último, el *Cabron*
Mas fatal de los *Cabriones*.
Es peor que una maldicion.
Yo pido su abolicion
Con *toditos* mis pulmones!

À LA PATRIA

República Argentina, Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
De gayas flores las naciones ven:
La cariñosa mano de tus bardos
Puso rosas, jazmines, violas, nardos,
Entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo á mezclar con esas flores,
De olímpicos perfumes y colores,
Las silvestres y humildes que aquí ves.
Vengo, Patria gloriosa, solamente,
Á doblar la rodilla, reverente,
Y á deshojar las mias á tus piés.